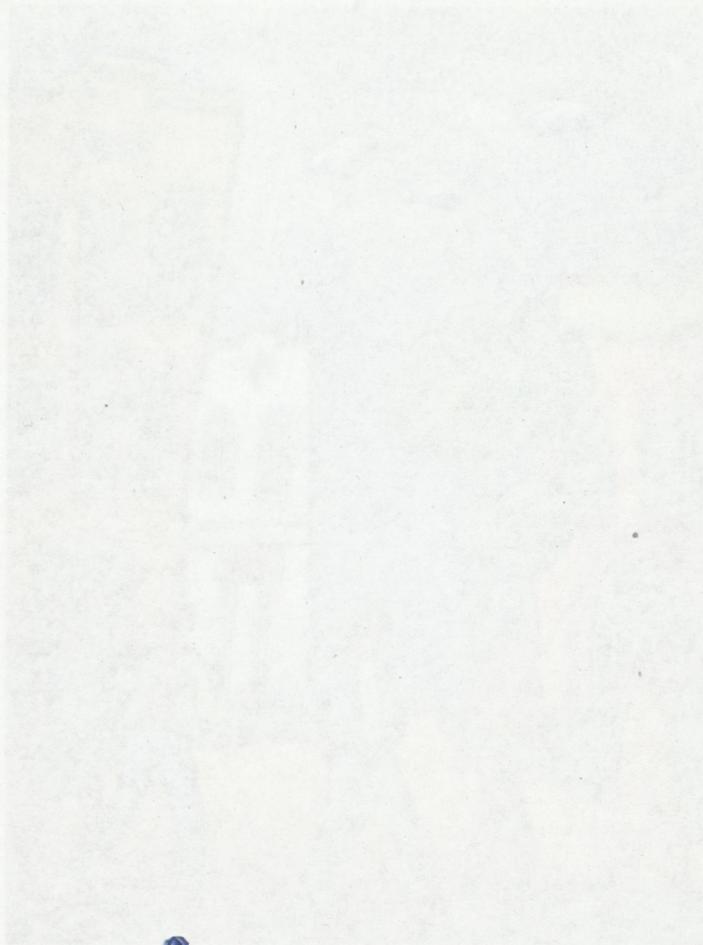


Horizonte Ciudadano 3

Juntos pero no Revueltas



Juntos pero no Revueltas



© Instituto Federal Electoral
ISBN 986-77-25-1
Texto
Ramón Córdoba García
Ilustración
Felipe Ugaita Alcántara
Diseño
Haga
Tercera edición, diciembre de
© Instituto Federal Electoral
Vladimir Tejeda, núm. 100,
Col. Anáhuac, México, D.F.
Impreso en México / Printed
Distribución Gratuita. Prohibida su venta.

Juntos Revueltas
ON 0199



© Instituto Federal Electoral

ISBN 968-77-25-1

Texto:

Ramón Cordero García

Ilustración

Felipe Ugalde Alcántara

Diseño

Hagá

Tercera edición, diciembre de 2003.

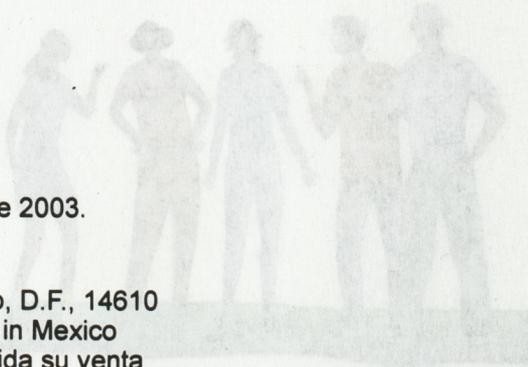
©Instituto Federal Electoral

Viaducto Tlalpan, núm. 100,

Col. Arenal Tepepan, México, D.F., 14610

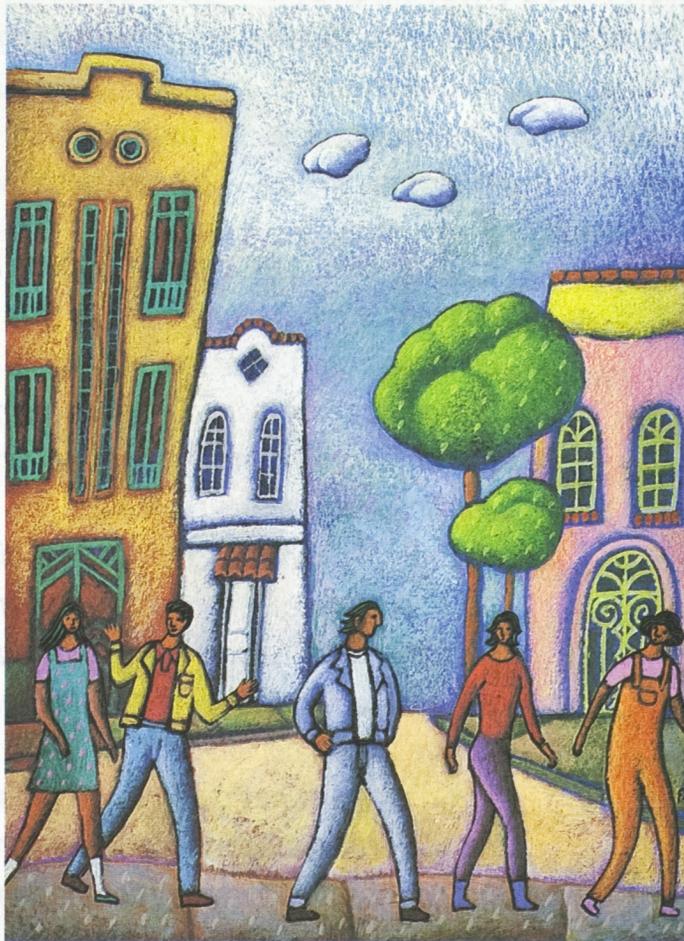
Impreso en México / Printed in Mexico

Distribución Gratuita. Prohibida su venta



El tiempo es implacable
(por...)

Juntos pero no Revueltas



Texto: Ramón Cordero
Ilustraciones: Felipe Ugalde

Juntos Revueltas

Esta historia se trata de algunos muchachos y muchachas que van a la secundaria y que, seguramente, al igual que tú, además de pasar por buenos momentos en la convivencia diaria, enfrentan conflictos que deben resolver.

Entérate cómo descubren que el diálogo, la confianza, la honestidad, la participación y otros valores de la democracia son fundamentales en la amistad, en la familia y en la comunidad.

Conoce algunas maneras de pensar y de actuar que nos ayudan a vivir en armonía con nosotros mismos y con los demás.



© Instituto Federal Electoral

ISBN 968-77-25-1

Texto:

Ramón Cuervo García

Ilustración:

Felipe Vázquez

Diseño:

Nejé

Tercera edición, diciembre 2006

Distribución: El Estado

Impreso en México / Papeles

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

El tiempo es implacable (por suerte)

—¡Por fin! Estaba seguro de que la sabia naturaleza no podía fallarme...

¡Es real y aquí está!

Alfredo no podía dejar de observar su rostro en el espejo mientras examinaba con orgullo esa ligerísima, casi inexistente vellosidad que apenas sombrea el espacio que hay entre el labio y la nariz.

No era gran cosa, nada que pudiera compararse con el tupido y oscuro bigote de su padre, pero, a fin de cuentas, había resultado suficiente para que sus nuevas compañeras de la secundaria, las más "aventadas", bromearan con él durante uno de los descansos.

—¿Qué?, ¿a poco vas a salir en un festival de bailables con piochita y patillas dibujadas en la cara?

—¡Ya rasúrate, Alfredo, parece general de película antigua!

—O te puedes pegar una cinta adhesiva y luego arrancarte todos los vellos.

—De perdida lávate la cara, digo, aunque sea.

Cualquiera se habría sentido ofendido, pero Alfredo no. En primer lugar porque viniendo de ellas, le parecía todo un halago, sobre todo de parte de Margarita que se había atrevido a pasar un dedo por debajo de su nariz, provocando que le sudaran hasta las uñas.

Por otra parte, había esperado ese bigotillo sus tres últimos cumpleaños.

—¿Rasurarme? Ni loco. Ya parece... ¿Qué tal si ya no me vuelve a salir? Además, tanto empeño y dedicación tienen que darme algún beneficio.

Alfredo había experimentado todas y cada una de las recomendaciones que le habían dado sus primos para que le creciera pelo en el rostro: frotarse

vigorosamente las mejillas con papel sanitario todas las mañanas, usar mascarillas de mostaza y aguacate en noches de luna nueva, pegarse un chicle de menta atrás de las orejas, darse pellizcos en las mejillas y humedecerse los dedos con saliva; en fin... todo lo inimaginable. Pero ya eso había quedado atrás. Desde hoy en adelante Alfredo era un hombre nuevo. Ya hasta los cambios en su voz estaban casi dominados, especialmente

si hablaba despacio y se concentraba en su garganta antes de abrir la boca.

Ensayando un nuevo gesto de castigador (el ceño fruncido, más alta una de sus cejas y con la boca ligeramente torcida), Alfredo dijo con decisión a su otro yo que lo miraba desde el espejo:

—A partir de hoy, nada será lo mismo...

¡Se acabó el niño!



Somos banda

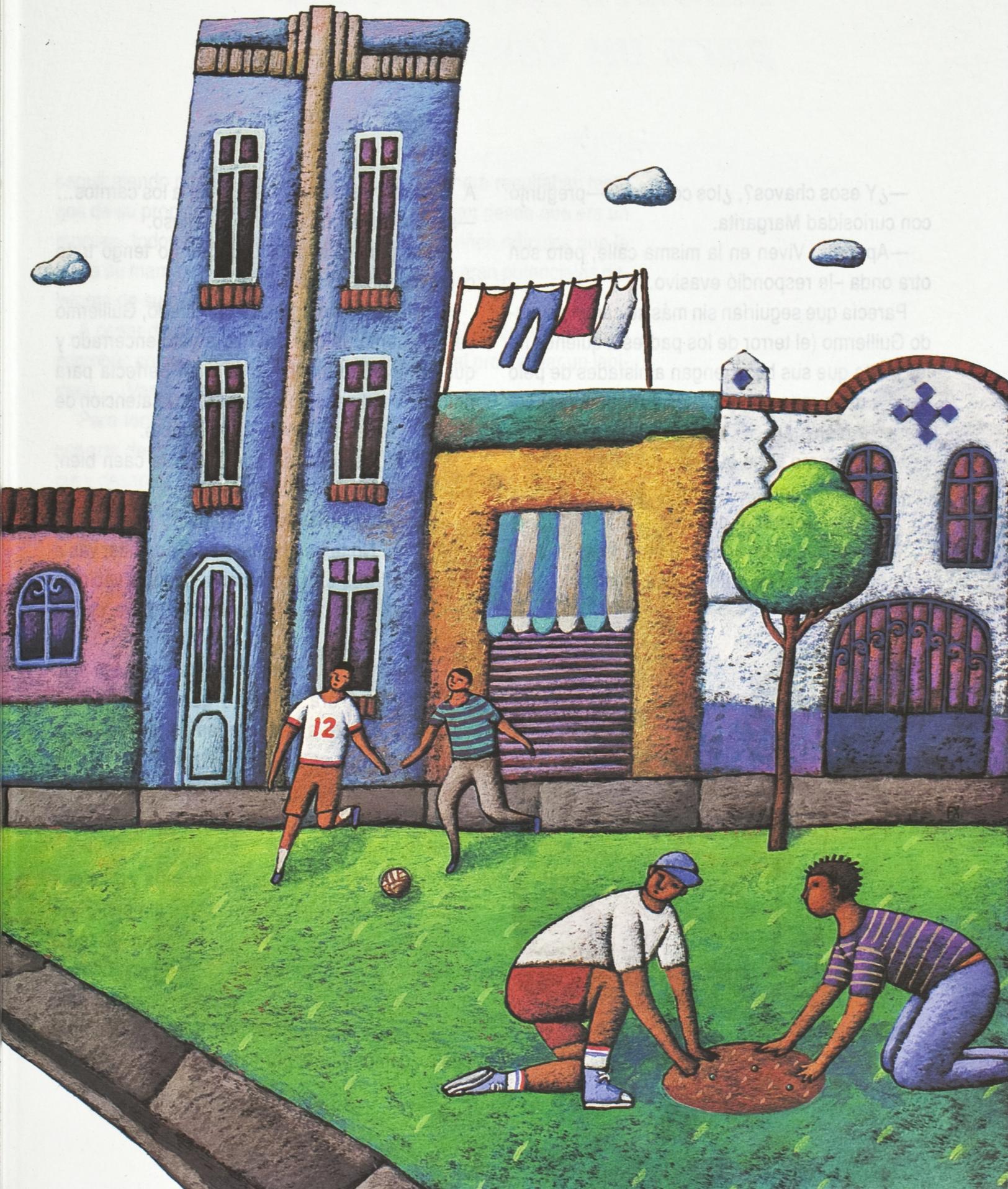
Con los nuevos amigos de la secundaria, Alfredo se sentía en su elemento; era como formar parte de una nueva familia, de un grupo donde tenía un papel importante, de un clan: cinco camaradas “gruesos”, que las podían.

Le parecía increíble que todavía la semana anterior se hubiese podido divertir tanto con los niños vecinos, en su mayoría compañeros de la primaria en la que estudió. Esos juegos le parecían ahora tontos y tan infantiles como sus viejos amigos. Una cosa parecía definitiva: al igual que su voz tipluda, ya pertenecían al pasado.

Lo anterior quedó confirmado dos tardes después, cuando “el clan” había decidido reunirse en su casa para escuchar música.

Casi al llegar, sus antiguos cuates jugaban canicas en la banqueta y dos de ellos hicieron un gesto de saludo al ver pasar a Alfredo.





—¿Y esos chavos?, ¿los conoces? —preguntó con curiosidad Margarita.

—Apenas. Viven en la misma calle, pero son otra onda —le respondió evasivo.

Parecía que seguirían sin más su camino cuando Guillermo (el terror de los padres a quienes no les gusta que sus hijos tengan amistades de pelo largo y usen ropa con parches y rasgaduras) comenzó a molestar.

—A mí se me hace que son tus uña y mugre.

—¿Cómo crees? —murmuró apenas Alfredo, tratando de acelerar el paso.

—¿Y por qué te pones como chango acalabrado? ¿Qué, no quieres que te reconozcan?



A lo mejor hasta te invitan a jugar a los carritos... —seguía Guillermo burlón e insidioso.

—¡Ya párale, Memo! Dije que no tengo trato con ellos y sanseacabó.

Con la reacción agresiva de Alfredo, Guillermo se dio cuenta de que ahí había gato encerrado y que tenía entre manos la ocasión perfecta para ridiculizar a quien había acaparado la atención de Margarita desde el episodio del bigote.

—Si no los conoces y tampoco te caen bien, vamos a echarles bronca —propuso.

—No seas así Memo —intervino preocupada Margarita. No te han hecho nada; además, vas a meter a Alfredo en un problema con sus vecinos. Si no hay amistad, por lo menos debe existir respeto.

—Es de juego... ni los vamos a tratar tan mal.

Para todos era evidente que Guillermo no estaba dispuesto a ceder; además, si se metían en una pelea, él saldría ganando porque era más alto que los demás (de hecho, en la secundaria corría el rumor de que su mamá lo alimentaba con leche de jirafa).

Alfredo sentía que una furia extraña y peor que la de un volcán salía de sus orejas sin saber por qué. Estaba furioso con Guillermo que lo tenía atrapado, pues aunque no le gustaba en absoluto atacar a sus viejos amigos, si decía que no, pasaría como un cobarde. También sentía furia contra sus ex compañeros, por existir, por estar ahí, por

Siempre hay un foto
para un desosido

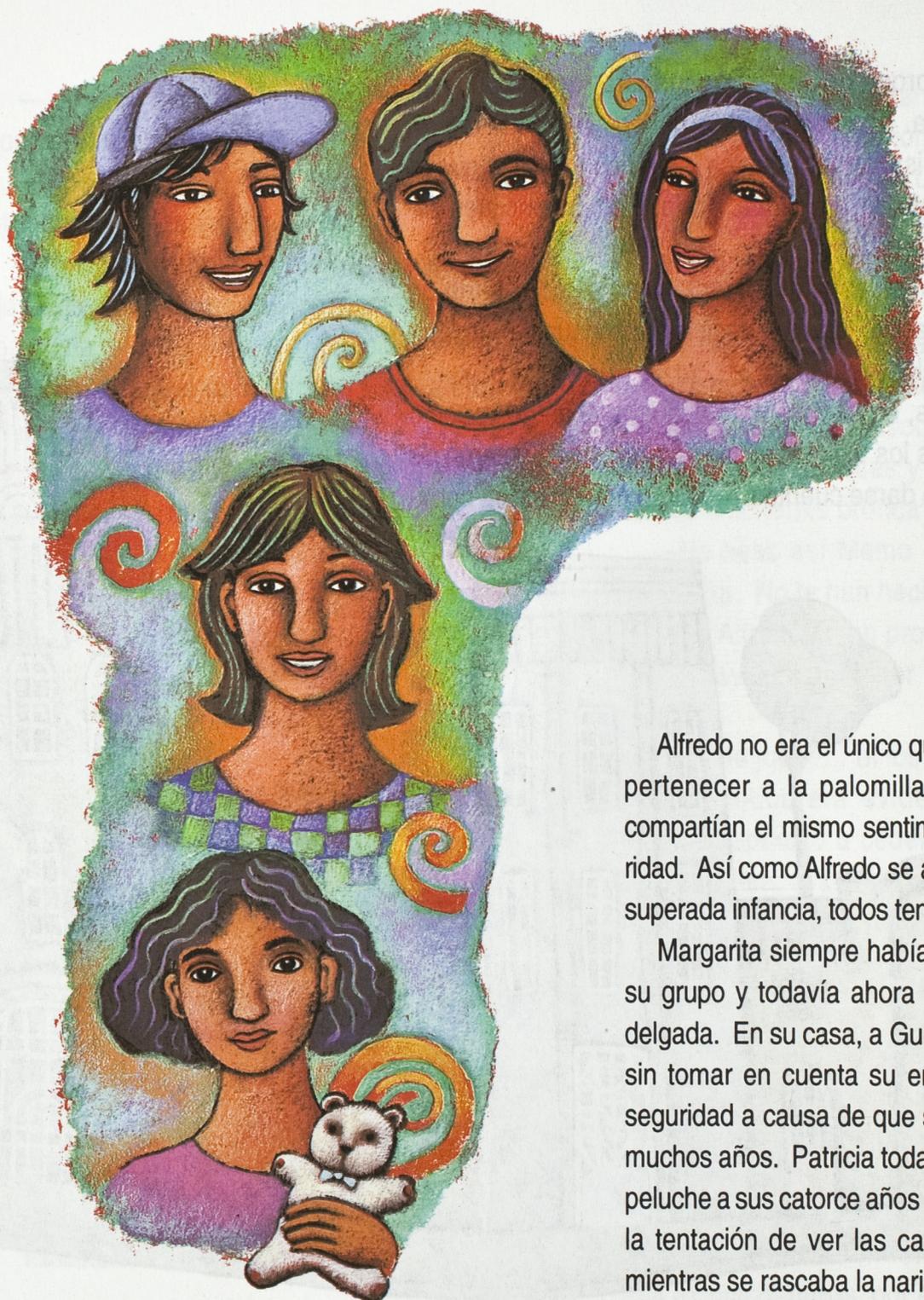
seguir siendo niños y porque de una u otra manera resultaban testigos de su propia infancia. Todos ellos lo conocían desde que era un mocoso, todos habían visto los arrumacos y cariños ridículos que le hacía su mamá al regresar de la escuela. Todos eran potenciales delatores de su oscuro pasado.

A pesar del tremendo malestar que lo aplastaba como lo haría un microbús con una cucaracha, tomó su decisión al pronunciar un lapidario... ¡Vamos sobre ellos!

Para fortuna de todos, en ese instante acababa el juego y, como por arte de magia, todos los viejos amigos y vecinos se pusieron de pie y desaparecieron sin darse cuenta del peligro que se había cernido sobre sus cabezas.



Siempre hay un roto para un descosido



Alfredo no era el único que se sentía satisfecho de pertenecer a la palomilla. Sin él saberlo, todos compartían el mismo sentimiento y la misma inseguridad. Así como Alfredo se avergonzaba de su recién superada infancia, todos tenían su “negra” historia.

Margarita siempre había sido la más pequeña de su grupo y todavía ahora se veía extremadamente delgada. En su casa, a Guillermo le decían “el bebé” sin tomar en cuenta su enorme tamaño, con toda seguridad a causa de que sus hermanos le llevaban muchos años. Patricia todavía dormía con un oso de peluche a sus catorce años y Marcela no podía resistir la tentación de ver las caricaturas de la televisión mientras se rascaba la nariz.

Ocupaban mucho de su tiempo libre en platicar y poco a poco los nuevos amigos se dieron cuenta de que no eran tan iguales como al principio les había parecido.

—Pues a mí me encantan las películas de Pedro Infante y las de Pedro Armendáriz, sobre todo las de amor en las que hay besos y toda la cosa —decía Patricia poniendo los ojos casi en blanco.

—¡Guácatelas! Qué cosa más cursi —opinó Marcela. Nunca hubiera creído que fueras tan fresota. Ya te imagino de grande casada con un príncipe azul pastel y viviendo en un palacio rococó.

—Tú no estás tan bien librada, manita —entró al quite Alfredo, —porque esa música tropical que te encanta escuchar está “marca llorarás”.



Siempre hay un polo para el cambio

Margarita se sintió directamente ofendida; a ella también le gustaban el merengue y las cumbias, así que pasó a la ofensiva y dijo:

—Por lo menos a nosotras nos gusta bailar en las fiestas en lugar de pasearnos como guajolotes.

—¿Por qué como guajolotes?
—preguntó Guillermo.

—Por que se esponjan para impresionar a las niñas, pero todavía necesitan que les suenen las narices.

Patricia estuvo a punto de tomar desquite contra Marcela y partido por Guillermo (que según ella era igualito a Pedro Infante, pero con más pelo), cuando en un rasgo de cordura se le salió, casi sin querer (y a riesgo de volver a ser llamada cursi):

—No hay que ser... si somos amigos... Y eso implica respetar nuestras opiniones, nuestra personalidad y sobre todo nuestras diferencias. ¿Por qué vamos a insultarnos tan sólo porque cada quien tenga sus gustos?

Marcela, que era superinteligente, reaccionó enseguida:

—Yo estoy de acuerdo con Pati, no todos tenemos que ser iguales.

Se hizo el silencio en el círculo de amigos. Aunque lo dicho por Patricia y Marcela parecía tomado de la clase de civismo, no podían dejar de reconocer que tenían razón. Pero ni Guillermo ni Alfredo estaban dispuestos a reconocerlo, y decidieron irse en ese mismo momento con cara de enojados.

Al ver que se marchaban, Margarita, sin agarrar todavía la onda de que se puede respetar a los otros, aunque reaccionen de manera distinta a la de uno, les dijo a los dos muchachos:





—Y yo que pensaba que cuidar a mi hermanito era aburrido. Con ustedes tendría que multiplicarlo por dos.

Alfredo se le adelantó a Guillermo y, sin acordarse de que Margarita lo tenía embobado, contestó:

—Como dice mi mamá, el que con niñas se acuesta... mojado amanece.

Para no quedarse atrás, a Guillermo le pareció bien usar un dicho popular y soltó el primero que le vino a la cabeza:

—Pues, como dice mi abuelita, siempre hay un roto para un descosido y un calcetín sucio para un pie podrido.

El refrán no tenía nada que ver con lo que estaban discutiendo y todos se dieron cuenta, pero les pareció tan chistoso que en lugar de burlarse estallaron en carcajadas y eso rompió la tensión de la despedida.

Nada que no se arregle con un buen reventón

La idea de organizar una gran fiesta comenzó a ser una obsesión para el “clan” de los cinco. Hasta ahora, sólo se habían reunido en largas sesiones de plática en que se quejaban de todo lo imaginable: de los adultos, de las tareas, del calor, de las películas y hasta de las moscas peludas y barrigonas. Claro que las quejas no eran el único tema de conversación; ya también habían platicado de la reencarnación, de la inmortalidad de los cangrejos, de barros, espinillas y uñas enterradas, del poder de la mente para doblar cucharas, de cómo sería la vida cuando fueran unos ancianos de treinta años y otras cosas igual de importantes.

El gran día llegó cuando Alfredo consiguió el permiso de sus papás para hacer una fiesta en su casa. La única condición, por el momento, era que se presentara todo el grupo para dialogar con la representación paterna y llegar a algunos acuerdos sobre la forma en que se desarrollaría el evento.

Esa tarde todos estaban desconcertados y nerviosos al encontrarse sentados alrededor de la mesa, porque el papá de Alfredo tenía fama de estricto (y de verdad tenía una voz y una seriedad que imponían respeto), aunque la verdad, a la mera hora los trataba de igual a igual.

—¿Podemos invitar a unos trescientos amigos, papá? —consultó Alfredo.



—Máximo veinte —dijo secamente el padre.

—¿Música, señor? —preguntó timidamente Marcela.

Al papá de Alfredo se le escapó una sonrisa mientras decía:

—Pues no me imagino una fiesta que no la tenga, a menos que todos traigan la música por dentro.

Guillermo, con su típica manera de ser, preguntó:

—¿Podemos traer rock duro?; es que la música que les gusta a ustedes es un poquito...

—¿Anticuada?

—¡No señor!, yo no quise decir eso —trató de disculparse apresuradamente Guillermo.

Divertido, don Alfredo lo tranquilizó:

—Yo sé lo que quisiste decir, también tuve 13 años. Si yo les contara de la música que les gustaba a mis papás... —pero súbitamente, recuperando toda su severidad de antes, les advirtió:

—Volviendo a lo nuestro, como todavía me acuerdo de mi adolescencia, queda estrictamente prohibido tomar otra cosa que no sea refresco, o mejor aún, agua hecha en casa. Tampoco se permite fumar ni apagar las luces. No pueden irse en parejitas por los rincones. Y la fiesta se acaba a más tardar a las 10.

—¿A las 10? —murmuró para sí misma la desconsolada Patricia.

—¿Pues a qué hora acostumbra llegar usted a su casa, señorita? —cuestionó con extrema severidad el padre de Alfredo.

—A las 9... pero, claro, ésta es una ocasión especial.

—Por eso, a las 10 será perfecto, ¿o cuál es el problema?

—Nuestro prestigio señor, van a decir que nos tratan como a niños. Si pudiéramos alargarnos hasta las...

—De eso nada. La fiesta acaba a las 10 o no habrá fiesta.

Dándose cuenta que no había nada más que discutir, dieron las gracias y salieron. Por fuera mostraban cara de sufrir la mayor de las decepciones, pero por dentro todos estaban de pascuas porque habían logrado organizar su primer reventón.

Reglas claras y en apariencia inflexibles, pero al fin justas. Todos coincidieron en cumplir el acuerdo que habían establecido con el papá de Alfredo; a las claras se veía que era una persona confiable y ellos no se iban a quedar atrás. Además, de los resultados de esta fiesta, dependerían los permisos para organizar las que siguieran.

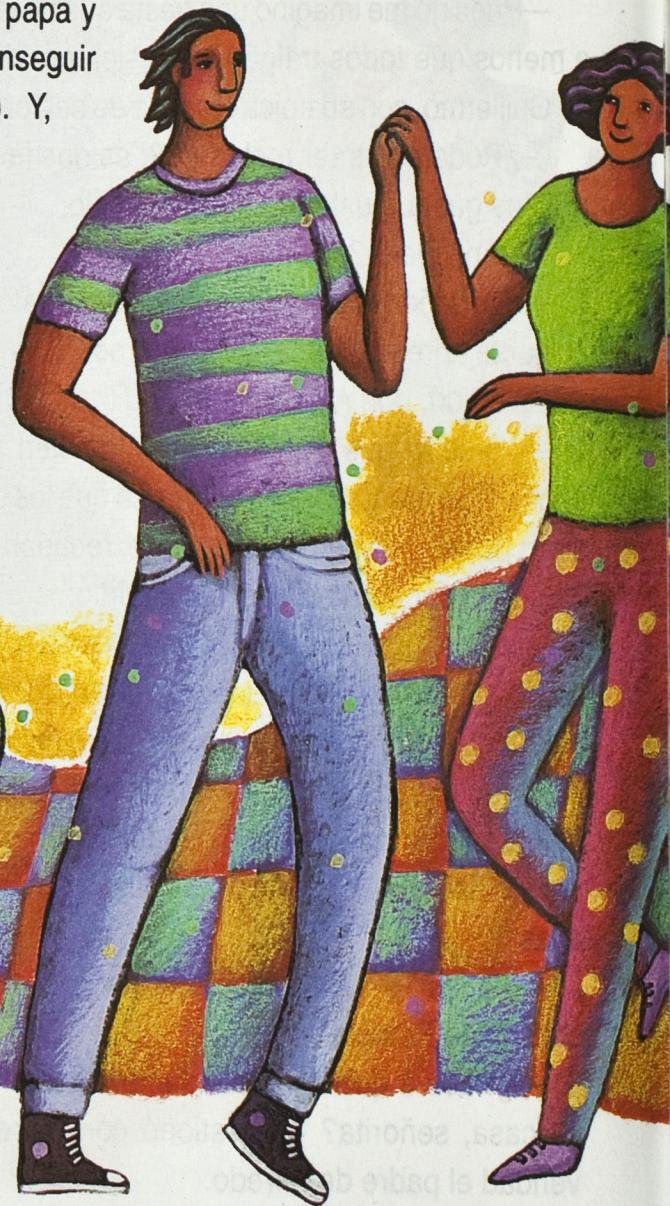


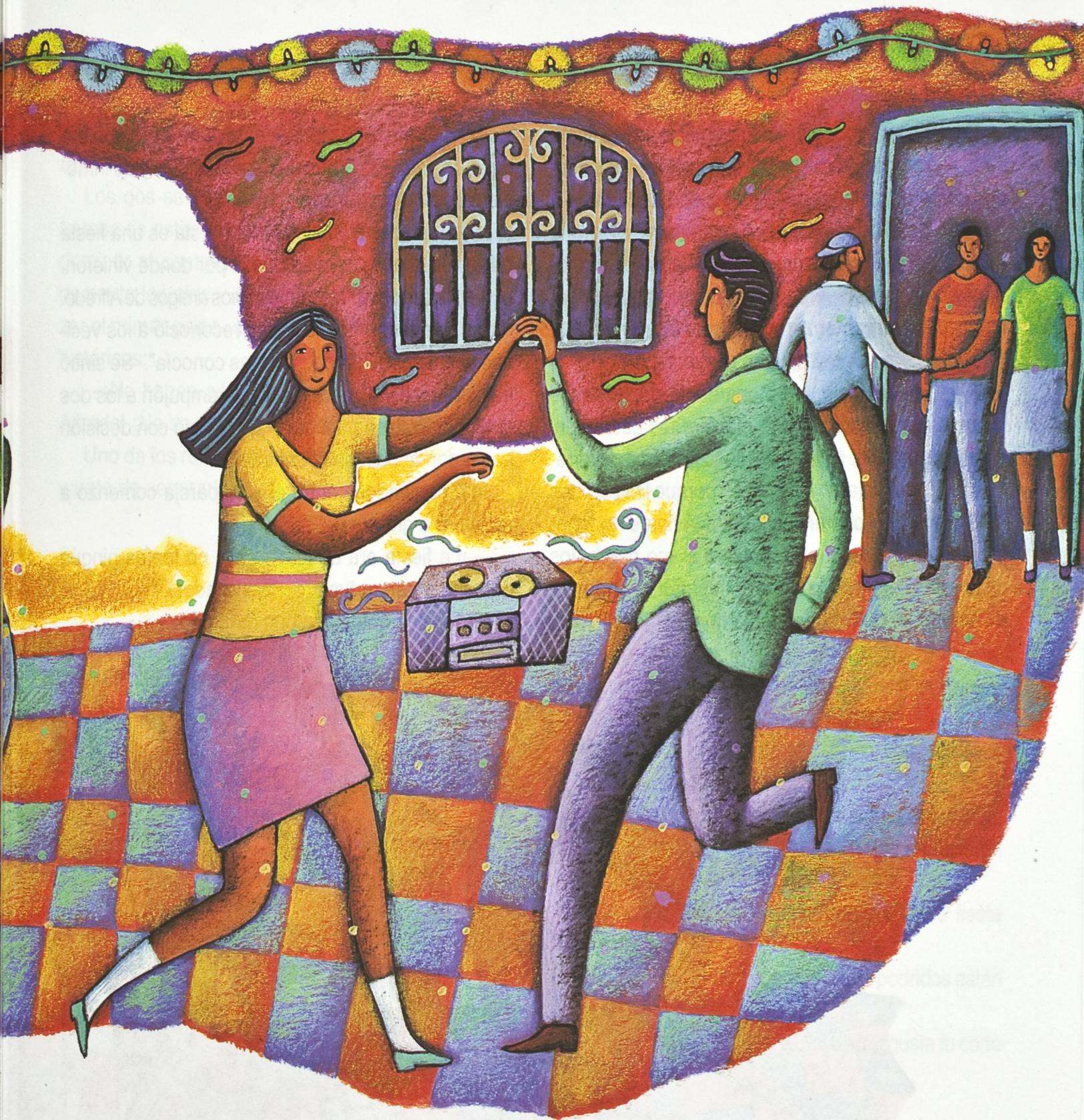
¡El gran día!

El día de la fiesta, Alfredo y los demás estaban parados en la puerta esperando a los primeros invitados, como novias de pueblo, vestidos y alborotados.

Todo estaba listo hasta el último detalle. Entre todos habían preparado los bocadillos: galletas con atún y mermelada de fresa, ensalada de aguacate con cajeta y totopos para untar con puré de papa y limón. Guillermo había traído la música (todo lo que pudo conseguir prestado entre los invitados a manera de apoyo para la causa). Y, por último, Alfredo y sus papás habían movido algunos muebles de lugar, pegaron adornos en las paredes y hasta colocaron en el techo las luces del árbol de navidad tratando de crear un ambiente de discoteca.

Para refrescarse habían preparado dos enormes garrafones de cristal, uno con agua de horchata y otro con jamaica.





En definitiva, todo parecía apuntar a que la fiesta sería un rotundo éxito. La mayor parte de los invitados comenzó a llegar desde las cinco de la tarde y muchos de ellos ni siquiera se sentaron. Como la música estaba buenísima y los de la bolita se habían puesto de acuerdo para animar el bailongo, luego luego se comenzaron a formar las parejas y al rato todos eran chapulines en comal.

A eso de las seis, la euforia hacía presa de los invitados y no faltó quien le moviera los botones al equipo de música. Enseguida llegó la mamá de Alfredo y pidió que bajaran el volumen porque las paredes se estremecían con el escándalo. A fin de no tener problemas y para que no hubiera mano negra, los cinco decidieron turnarse en el control del aparato de sonido en relevos de media hora.

En el turno de Guillermo, éste pudo ver cómo entraba un pequeño grupo de desconocidos y de inmediato decidió “correr a los gorriones”.

—¿A ustedes quién los invitó? Ésta es una fiesta particular, chavos. Así es que... por donde vinieron.

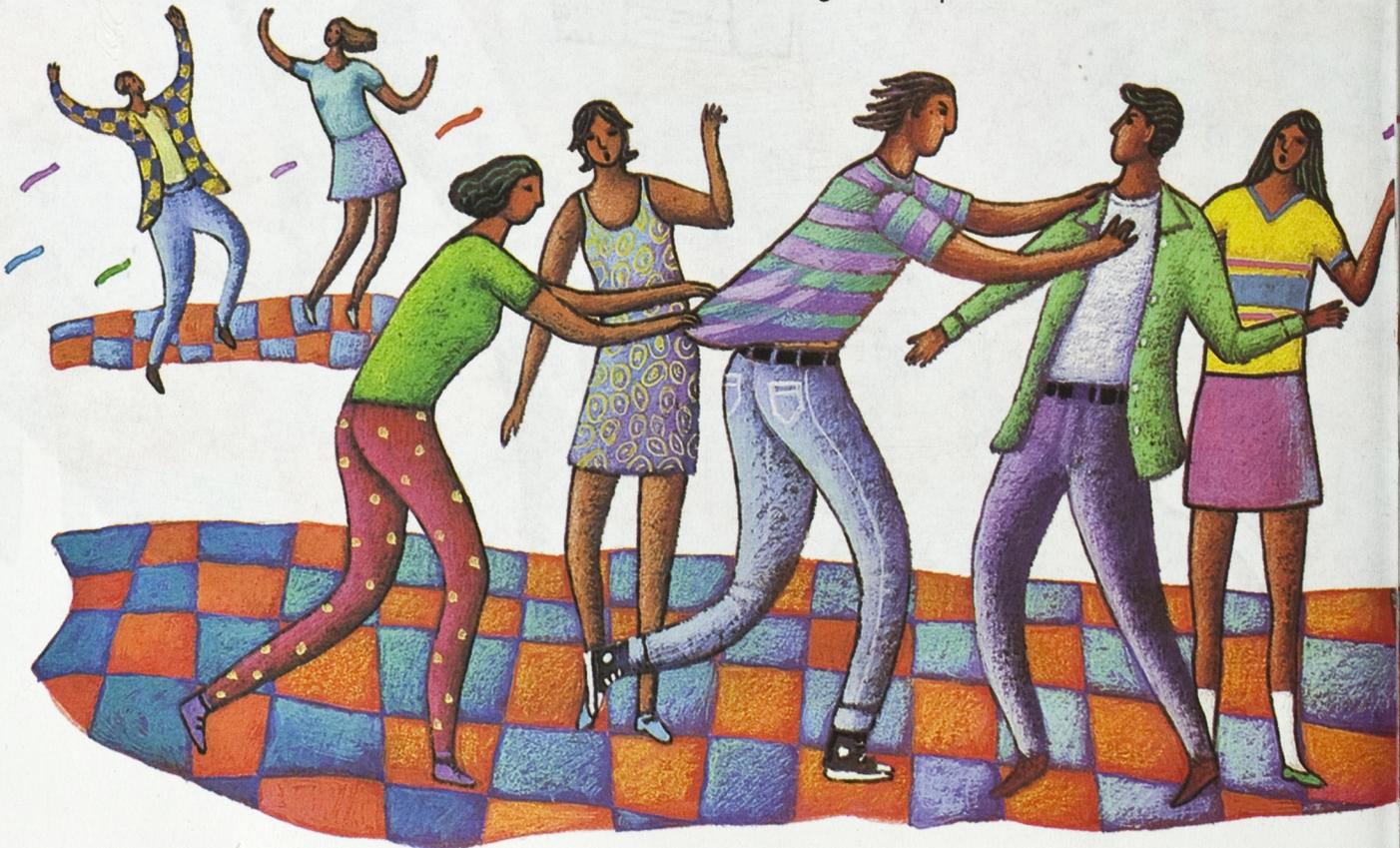
—¿Qué te pasa? Nosotros somos amigos de Alfredo.

En ese momento Guillermo reconoció a los vecinos que, según Alfredo, “apenas conocía”. Se sintió traicionado e indignado, le dio un empujón a los dos que obstaculizaban el paso y se dirigió con decisión hasta donde bailaba el anfitrión.

Interponiéndose entre él y su pareja comenzó a reclamar a gritos.

—¡La fiesta era de los cinco y no tenías ningún derecho a traer a tus propios invitados!

También a gritos respondió Alfredo:



—¡Estás loco, yo no traje a nadie que no estuviera en la lista!

Los dos se empujaban con el pecho; cada uno trataba de estirar el cuello y levantar la cabeza para dominar al contrario. Los dos abrían desmesuradamente los ojos y esperaban el instante para lanzar el primer golpe. Margarita y Patricia se pusieron histéricas:

—¡No hagan escándalo, van a bajar tus papás, Alfredo! ¡No se peleen, muchachos; no se peleen!

Uno de los recién llegados reaccionó con rapidez y trató de separarlos.

—Tú no te metas. Si quieres, espera turno, que para ti también tengo batería —rugió Guillermo.

Sin responder a la amenaza, el nuevo, involuntario causante del altercado, trató de inmovilizar a Alfredo mientras pedía...

—Cálmate Alfredo, así no se resuelve nada. Vamos a hablar, vamos a ver cuál es el problema.

Pero Alfredo no hizo caso. Soltó a Guillermo, se dirigió hacia Manuel, su ex compañero, y apretando los dientes con rabia, le dijo con desprecio.

—El problema son ustedes, bola de gorriones, nadie los invitó.

El muchacho balbuceó confundido.

—Pero... aquí hay un error.

—No hay ningún error. Ustedes no son bienvenidos y se me largan en este instante.

—Alfredo —decía sorprendido Manuel—, si somos amigos desde siempre, nunca te hemos hecho nada y...

Como única respuesta los recién llegados recibieron un lapidario...

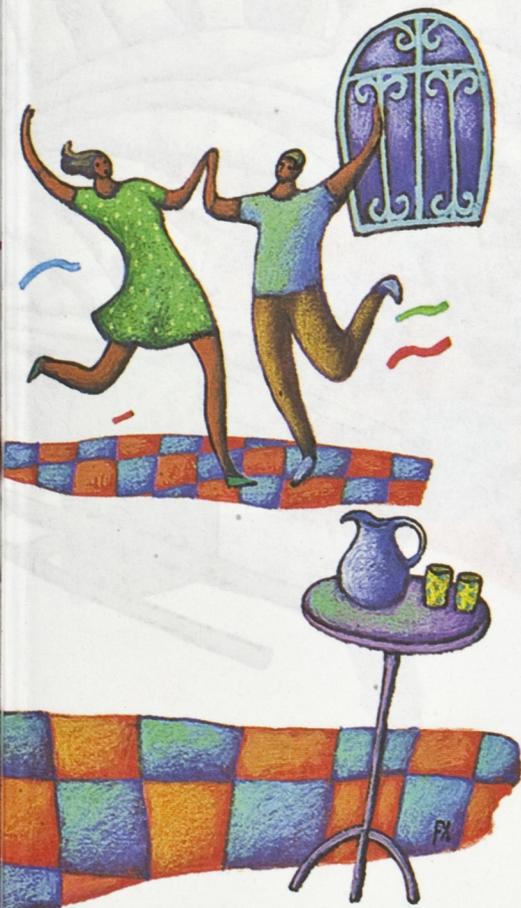
—Se van por las buenas o los sacamos por la fuerza.

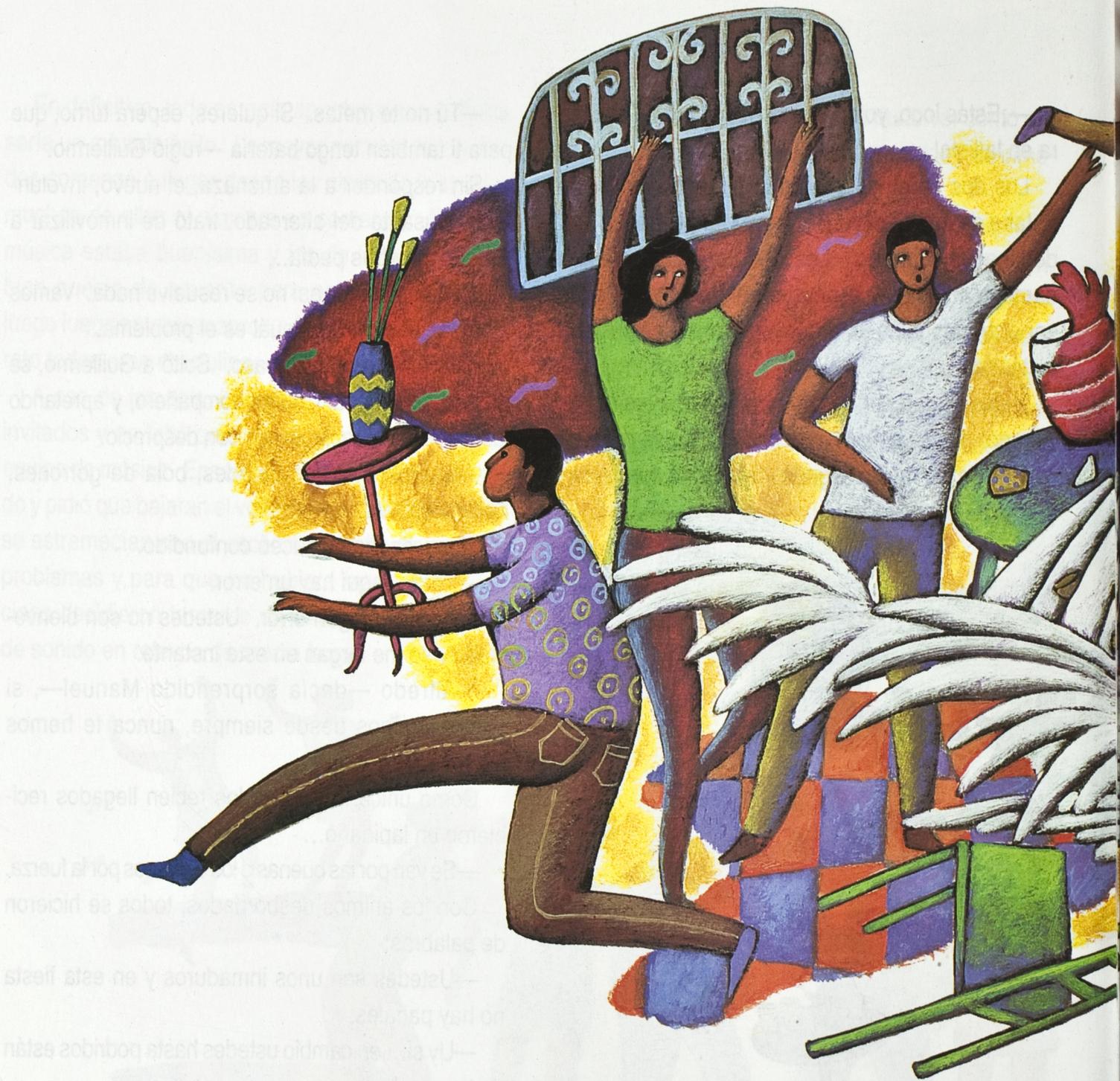
Con los ánimos desbordados, todos se hicieron de palabras:

—Ustedes son unos inmaduros y en esta fiesta no hay pañales.

—Uy sí... en cambio ustedes hasta podridos están de tan maduros.

—¿Qué harías si te dijera que no me gusta tu corte de pelo?







—Eso no es asunto que te importe, en cambio tu copete sí que afea la ciudad.

—Ya váyanse, aquí nadie quiere hablar con gente de otra secundaria.

—De otra secundaria sí, pero al menos somos de la colonia; en cambio ustedes quién sabe de dónde salieron. A lo mejor por eso se han perdido tantas cosas últimamente.

—Pues, para que se les quite, somos de la misma colonia, pero de otra calle donde hay gente más buena onda.

Al fin todos llegaron a un silencio lleno de tensión. Sin duda, los prejuicios y la intolerancia habían sentado sus reales y se habían dado todos los ingredientes necesarios para armar la camorra del siglo. Justo en ese momento todos alcanzaron a escuchar: ¡Poc!

El ruido venía del rincón donde estaba uno de los garrafones con agua. Los ojos de todos alcanzaron a ver cómo sin causa aparente una cascada de agua de horchata inundaba todo e iba arrastrando a su paso las charolas, platos y bocadillos que habían dejado por ahí.

Se hizo el caos y una manada de búfalos salvajes hubiera hecho menos destrozos. Cuatro segundos bastaron para que la casa quedara vacía. Sólo Alfredo, que no tenía a dónde ir, permaneció inmóvil, con la boca abierta, mirando incrédulo cómo había quedado la sala.

La mañana siguiente

Alfredo no durmió. Pasó la noche pensando en cómo saldría solo de ese aprieto. Milagrosamente sus papás no se habían dado cuenta de nada hasta ahora. Lo malo es que no se le ocurría ninguna solución igual de milagrosa y el día ya clareaba.

—Alguien está despierto... y viene para acá —volvió a la realidad Alfredo. Ojalá que no sea nadie de mi familia. Por favor... por favorcito.

—¡Mi piso, qué ha pasado con mi piso, Alfredo!

—Yo puedo explicarte todo, mamá, por favor no grites que vas a despertar a...

Demasiado tarde, porque don Alfredo ya estaba parado detrás de su esposa.

—El piso, las paredes, los sillones, la alfombra... —iba enunciando uno a uno los objetos dañados mientras hacía esfuerzos cada vez mayores para contener su indignación—, el perro, la mesita, los garra-fones, las figuritas de porcelana. Y con una voz que dejó helado a Alfredo, preguntó: —¿Puedes explicar qué significa esto?





La mañana siguiente

—¡Fueron Manuel y los otros! Sí, Manuel y los otros vecinos. Se enojaron porque no estaban invitados a la fiesta y se colaron para hacer destrozos. Mira, hasta me dieron un golpe aquí en el brazo —aseguró atropelladamente Alfredo.

—Con que un golpe, ¿no es así? —preguntó el señor con fingido interés.

—Sí, me agarraron entre todos y me amenazaron. Hasta dijeron que tú les caes gordísimo porque ni siquiera los saludas.

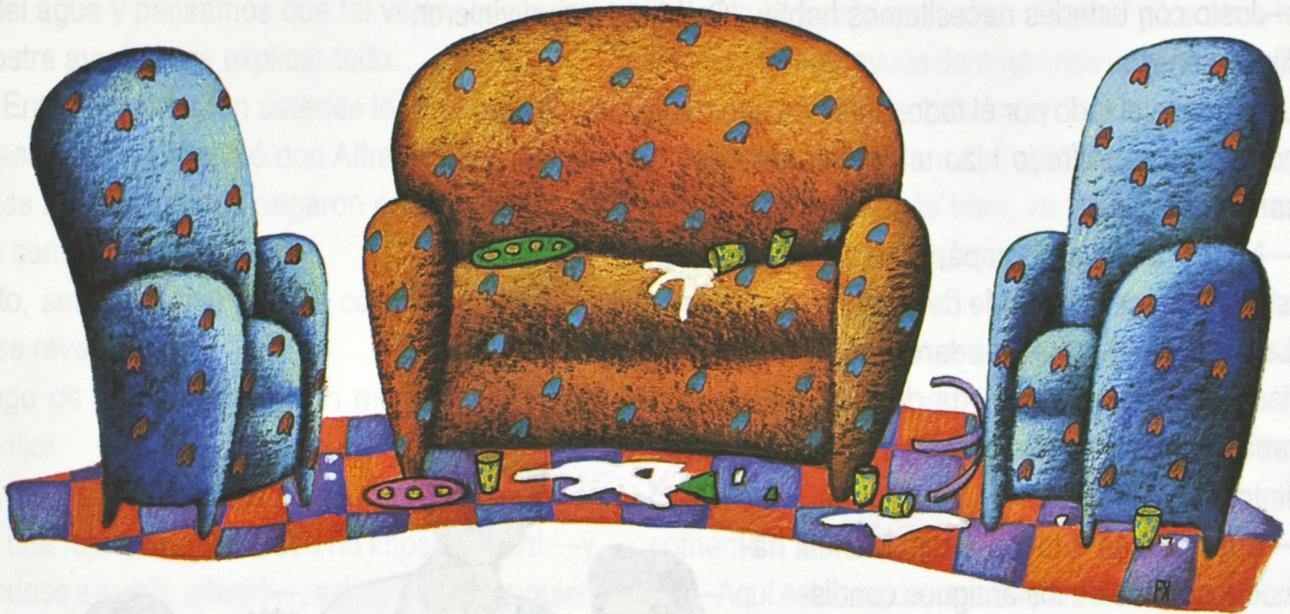
—Nunca lo hubiera pensado de Manuel; está hecho un salvaje —opinó mortificada la mamá.

—Siendo así las cosas —propuso irónico don Alfredo—, lo más conveniente será que hablemos con los papás de esos vándalos para que paguen la reparación de todo lo que se dañó.

Tal sugerencia no hizo más que inquietar a Alfredo.

—No papá, yo creo que no es necesario. Puedo tratar de limpiar el piso y los sillones yo solo.





—Tu padre tiene razón, Alfredo, y no basta hablar con los papás. Esto tenemos que denunciarlo ante las autoridades.

Cuando escuchó la propuesta de su madre, Alfredo se puso más blanco que las hojas de un cuaderno. Sabía que si esto pasaba se descubriría la mentirota que había inventado. No quería otra cosa, sino que se lo tragara la tierra.

—Me parece que es una buena idea —dijo el padre de Alfredo a su esposa. Alfredito podría dar todos los detalles, ¿no es cierto?

Dicho lo anterior, el papá guardó silencio por varios segundos mientras crecía la angustia de Alfredo. El señor lo miraba fijamente y el muchacho ni siquiera podía sostener los ojos en alto. Hasta que el suspenso fue roto por el timbre de la calle. La mamá se dirigió a la puerta y casi de inmediato volvió acompañada de Manuel y de los demás vecinos.

¡Esto era el fin del mundo!

El universo a punto de acabarse

—Justo con ustedes necesitamos hablar. Qué bueno que vinieron —dijo el señor.

Jugándose el todo por el todo, antes de que nadie más pudiera pronunciar palabra, Alfredo hizo un intento desesperado por salvarse a pesar de cualquiera.

—No les hagan caso papá, ni siquiera los escuchen. Vienen a vengarse porque me odian. Me detestan porque no los invité a la fiesta.

Los muchachos se quedaron con los ojos de huevo estrellado. No entendían nada de lo que pasaba. Sí esperaban enojos y recriminaciones, pero esto era muy distinto.

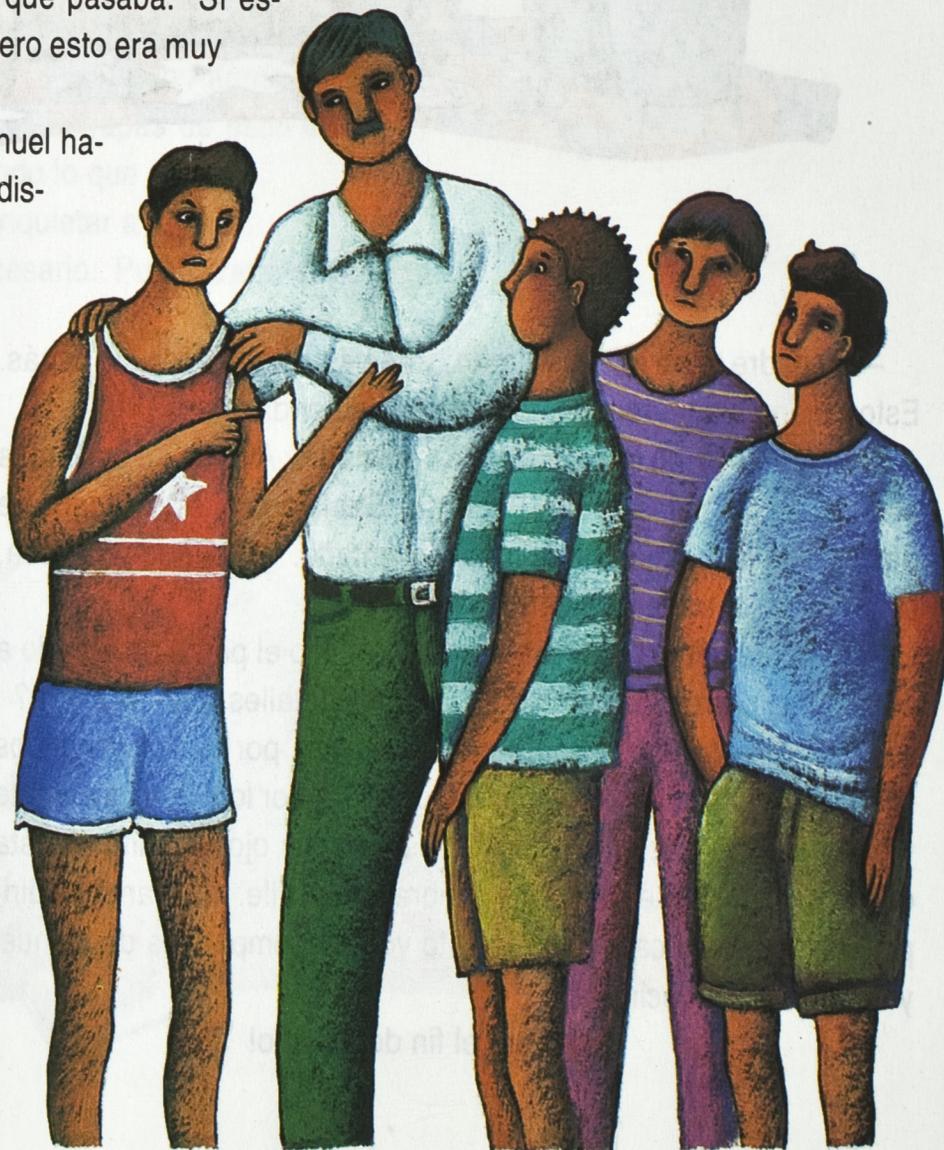
—Buenos días a todos —dijo Manuel hablando a nombre de los antiguos condiscípulos—, nos juntamos desde temprano y decidimos venir a ayudar para arreglar todo.

—¿Acaso no están disgustados ustedes con mi hijo?

—Pues no sabemos qué mosca le picó —respondió Manuel—, pero creímos que era justo que todos participáramos.

—Yo no necesito nada de ustedes, nunca han sabido ser buenos amigos —dijo agresivamente Alfredo. Además, no se me olvida todo lo que dijeron anoche.

—Perdón, nos dejamos llevar, pero eso no importa, después de todo estábamos aquí cuando pa-



só lo del agua y pensamos que tal vez necesitarías de nuestra ayuda para explicar todo.

—¿Entonces sí fueron ustedes los causantes de este desastre? —preguntó don Alfredo.

Todos los muchachos negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—No, señor. Nadie estaba cerca del garrafón; solito se reventó.

Luego de reflexionar por un momento, Alfredo padre dijo:

—A veces pasan estas cosas, un defecto en el cristal, una rajadura... pero eso no importa. ¡Ah! —y dirigiéndose a su hijo añadió—, aclaro que fui yo quien invité a los muchachos. A lo mejor hice mal porque no consulté contigo y con tus compañeros, pero como ellos han sido tus amigos de toda la vida...

Alfredo bajó la cabeza avergonzado. Todo este asunto le había hecho comprender que uno puede ser amigo de personas muy distintas y que no es necesario pelearse con los demás porque todavía no les haya salido bigote.

Su padre, que por cierto tenía sus reservas hacia los nuevos amigos de su hijo (en realidad tenía sus reservas hacia cualquier adolescente que no hubiera conocido desde pequeño), vio la oportunidad de sacar una moraleja.

—Bueno, Alfredo, una cosa me parece que queda clara con todo esto: yo creo que te has podido dar cuenta de quiénes son tus verdaderos amigos.

—Pero, papá... —protestó Alfredo.

—No hay pero que valga. Manuel y los otros han venido a ofrecer ayuda demostrando un gran valor civil. Y conste que los has tratado con la punta del pie.

—Sí, papá, lo reconozco y prometo que las cosas van a cambiar, o más bien, van a ser como antes. Pero también los otros son mis amigos.

—¿Esos correlones? —preguntó con sorna el señor. Entonces nuevamente los interrumpió el timbre de la calle. Tras esperar uno o dos minutos fueron haciendo su entrada Margarita, Marcela, Patricia y Guillermo. Cerrando el grupo, pasó la señora, quien comentó a su marido:

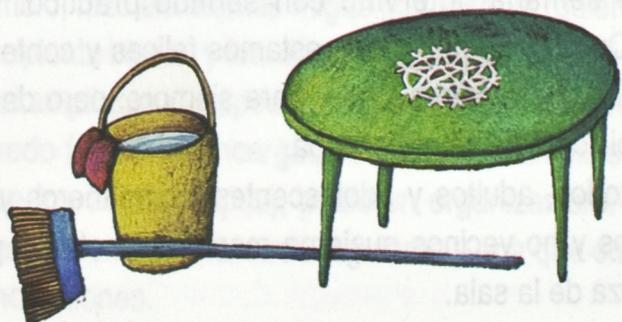
—Aquí están estos jóvenes para darnos una lección de tolerancia a ti y a mi, Alfredo. También vinieron a disculparse y a hacer limpieza.

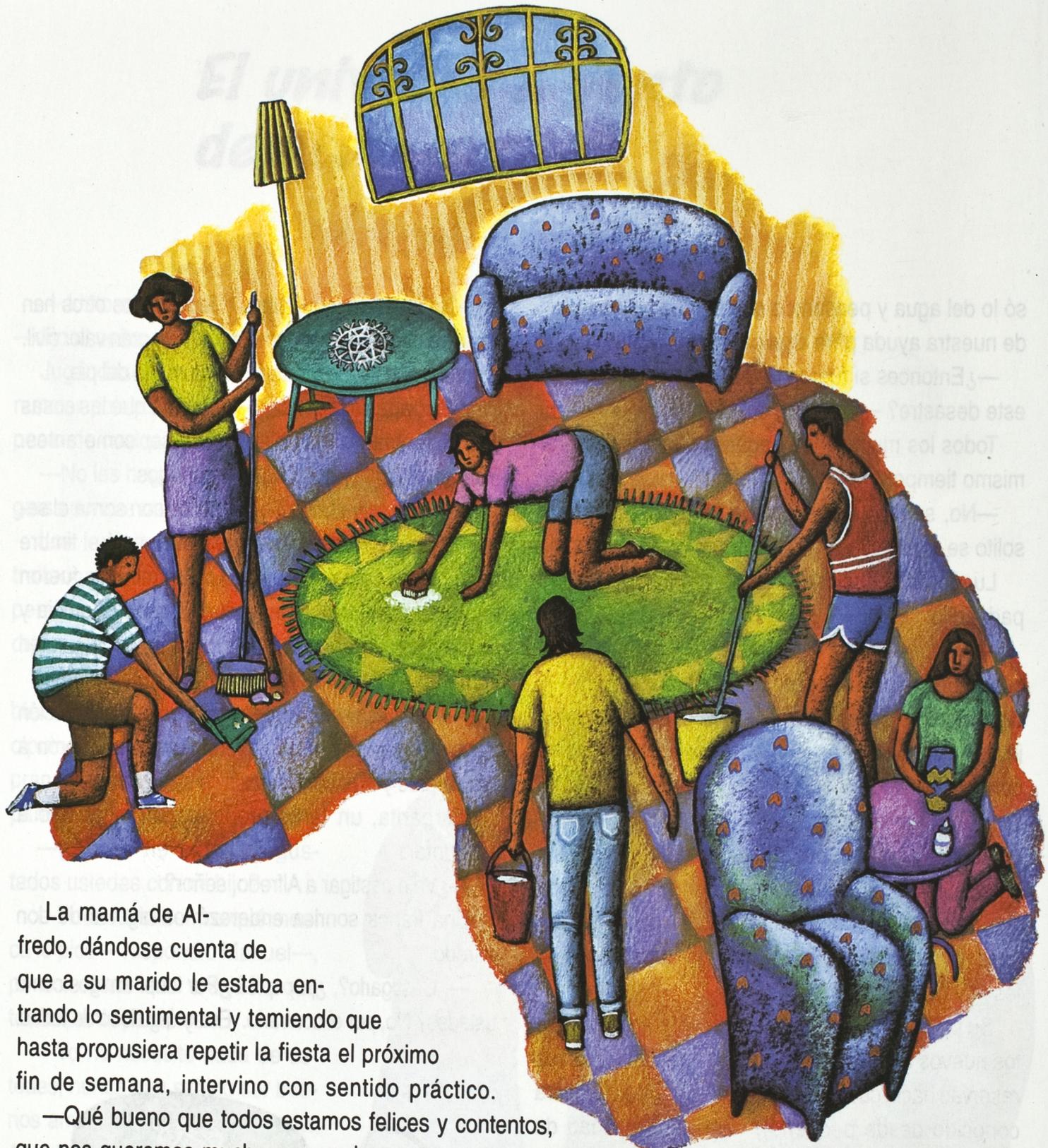
Margarita, un tanto preocupada, se atrevió a preguntar:

—¿Va a castigar a Alfredo, señor?

Una franca sonrisa enderezó los bigotes de don Alfredo.

—¿Castigarlo?, ¿por qué? ¿Por tener amigos como ustedes? No, por el contrario. Estoy orgulloso de todos.



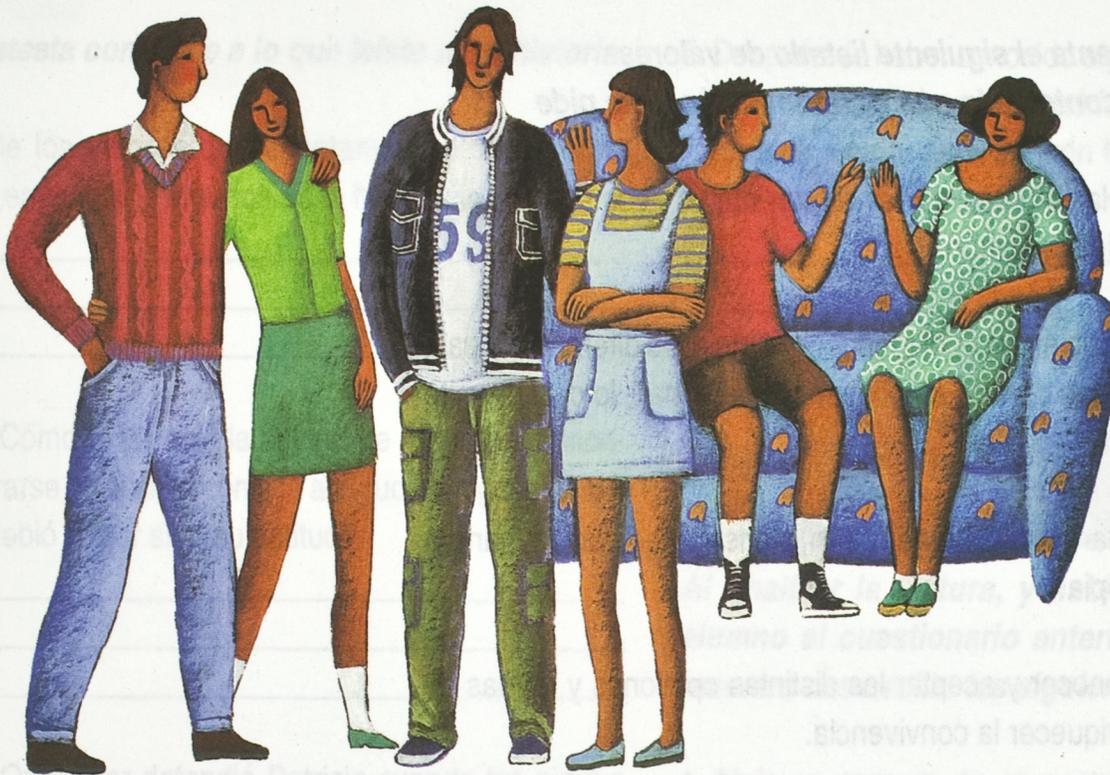


La mamá de Alfredo, dándose cuenta de que a su marido le estaba entrando lo sentimental y temiendo que hasta propusiera repetir la fiesta el próximo fin de semana, intervino con sentido práctico.

—Qué bueno que todos estamos felices y contentos, que nos queremos mucho y para siempre, pero de recoger el estropicio nadie se me escapa.

Y todos, adultos y adolescentes, compañeros y ex compañeros, vecinos y no vecinos pusieron manos a la obra y participaron en la limpieza de la sala.

A manera de epílogo, un final feliz (o casi)



Alfredo conservó la amistad de todos sus amigos, los nuevos y los viejos. Manuel y Guillermo nunca fueron demasiado afines. Se hablaban bien y jugaban juntos, pero ambos sabían que eran distintos. No obstante, como compañeros, participaron conjuntamente en múltiples proyectos y tuvieron muchas oportunidades para aprender respeto y tolerancia.

Patricia, en cambio, hizo excelentes migas con Manuel (quien al fin tuvo también un incipiente bigote) y formaban pareja en todas las fiestas.

Por cierto que, al ampliarse el grupo de amigos y gracias a los buenos oficios de don Alfredo (quien se encargaba de extender amplias recomendaciones entre los demás papás), pudieron organizar una fiesta cada mes. Algunas fueron buenas, otras regulares y una que otra vez se aburrieron como ostiones.

Guía de actividades

Lee cuidadosamente el siguiente listado de valores democráticos y contesta lo que a continuación se te pide

Participación: Colaborar con los demás con interés y compromiso para alcanzar un objetivo común.

Respeto: Actitud que expresa el reconocimiento a las diferentes ideas, opiniones y formas de vida que tienen las personas, lo cual permite una convivencia armónica.

Tolerancia: Aceptar que los demás sean, piensen y actúen de manera distinta a la propia.

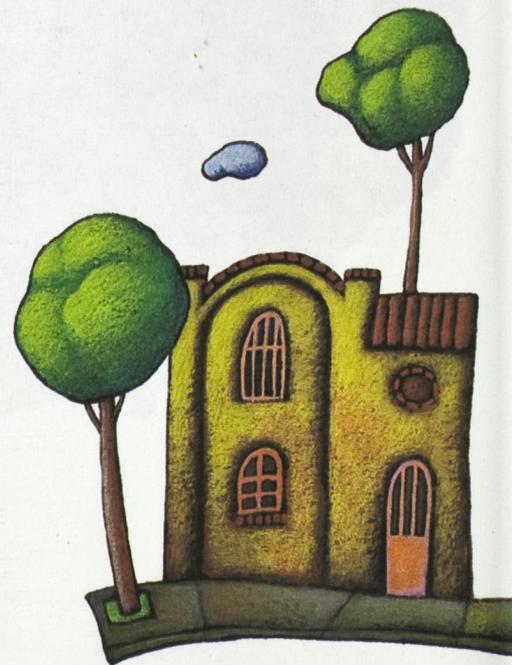
Pluralismo: Reconocer y aceptar las distintas opiniones y formas de actuar para enriquecer la convivencia.

Diálogo: Intercambio de opiniones que se da de manera pacífica con el fin de llegar a un acuerdo común.

Veracidad: Decir las cosas como son o sucedieron realmente.

Justicia: Dar a cada quien lo que le corresponde de acuerdo a la razón y con apego a las leyes.

Consenso: Acuerdo aceptado por la mayoría de un grupo o por la totalidad de sus integrantes a partir del diálogo y del convencimiento.



Contesta conforme a lo que leíste en la historia

1. De los valores que enlistamos anteriormente, ¿encontraste algunos en la historia?

2. ¿Cómo te pareció la actitud de Alfredo al encontrarse en la calle con sus antiguos amigos? ¿Cuál debió haber sido su actitud?

3. ¿Qué valor defendió Patricia cuando les pidió a sus compañeros convivir armónicamente, respetando los gustos y la personalidad de cada quien, a pesar de sus diferencias?

4. ¿Cómo se solucionó el conflicto que se dio entre todos los personajes? Especifica qué valores puso en práctica cada protagonista de la historia.

5. Después de haber conocido algunos valores de la democracia, ¿cómo los pondrías en práctica en tu escuela, con tu familia y con todas las personas que te rodean? Coméntalo con tus compañeros.



Al finalizar la lectura, y habiendo resuelto el alumno el cuestionario anterior, se sugiere al maestro desarrollar las siguientes actividades:

1. Abrir un espacio de comentarios en el que se analicen las consecuencias negativas que pueden haber al actuar con base en antivalores y, en relación específica con este texto, reflexionar sobre las consecuencias de no haber resuelto el conflicto con base en los valores democráticos.

2. Organizar equipos de cinco integrantes: cada equipo dispondrá de un tiempo conveniente para desarrollar un breve argumento que incluya la participación de los valores democráticos enlistados. Otorgando un papel a cada integrante, los equipos harán, ante el resto del grupo, su escenificación. Finalmente, en plenaria, se comentarán los aspectos interesantes que plantee cada argumento y escenificación.

Guía de actividades

1. Contesta con tus propias palabras algunas de las preguntas que se te plantean en la historia que se encuentra en la página 10 del libro de texto. Comenta tus respuestas con tus compañeros y compañeras en el aula.

2. ¿Cómo te pareció la actitud de Alfredo al encontrarse en la calle con sus amigos? ¿Crees que debió haber sido su actitud?

3. ¿Qué valor defendió Patricia cuando les pidió a sus compañeros que se unieran a ella para defender los valores de cada uno de ellos?

4. ¿Cómo se sintió Patricia cuando se dio cuenta de que sus compañeros no estaban dispuestos a defender los valores de cada uno de ellos?

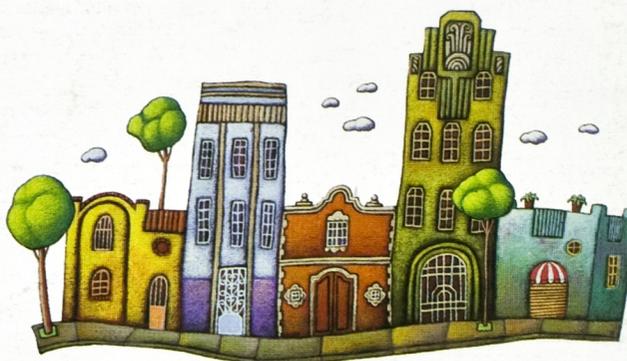
5. ¿Cómo se sintió Patricia cuando se dio cuenta de que sus compañeros no estaban dispuestos a defender los valores de cada uno de ellos?

LA PRESENTE EDICIÓN CONSTA DE 50,000 EJEMPLARES
Y ESTUVO AL CUIDADO DE LA



DIRECCIÓN EJECUTIVA DE CAPACITACIÓN ELECTORAL
Y EDUCACIÓN CÍVICA DEL
INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL





Si tienes algún comentario
sobre este cuento
o quieres preguntarnos algo,
manda tu carta a:
*Viaducto Tlalpan Núm.100,
Col. Arenal Tepepan, Deleg. Tlalpan,
C.P.14610, México, D.F.*
¡Nos encantará recibirla y contestarte!